

nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida; y no le digas más, ni yo quiero decirte más á ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de "Don Quijote" que te ofrezco, es cortada del mismo artifice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy á "Don Quijote" dilatado, y finalmente muerto y sepultado porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados,



y basta también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el "Persiles," que ya estoy acabando, y la segunda parte de "Galatea."



CAPÍTULO I.

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.

CUENTA Cidi Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de Don Quijote, que el Cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por eso dejaron de visitar á su sobrina y á su ama encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo harían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoocer los de la herida que tan tiernos estaban.

Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia.

Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solón flamante, y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes á la plática la sobrina y el ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y entre otras dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adónde había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la Cristianidad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. A esto respondió Don Quijote:

Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer

sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejándole yo que usara de una prevención, de la cual su Majestad la hora de ahora debe de estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el Cura, cuando dijo entre sí: "Dios te tenga de su mano pobre Don Quijote, que parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad."

Mas el barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

—El mío, señor rapador, dijo Don Quijote, no será impertinente sino pertinente.

—No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles ó dispartados, ó en daño del rey ó del reino.

—Pues el mío, respondió Don Quijote, ni es imposible ni dispartado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede haber en pensamiento de arbitrate alguno.

Ya tarda en decirle vuesa merced, dijo el Cura.

No querría, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí ahora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque ni á hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega.

—No sé historias, dijo Don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que se que es hombre de bien el señor barbero.

—Cuando no lo fuera, dijo el Cura, yo le abono y salgo por él que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—Y á vuesa merced, ¿quién le fia, señor Cura? dijo Don Quijote.

—Mi profesión, respondió el Cura, que es de guardar secreto.

—Cuerpo de tal, dijo á esta sazón Don Quijote, ¿hay más sino mandar su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del turco?

Esténme vuestas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ven-

tura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfenique? Si no, líganme ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianis ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destes hoy viviera, y con el turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no le será inferior en el ánimo; y Dios me entiendo y no digo más.

—¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo Don Quijote: —Caballero andante he de morir, y baje ó suba el turco cuando él quisiere y cuán poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entienda. A esta sazón dijo el barbero:

—Suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco.



Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al Arzobispo, suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, lo tenían allí, y á pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte.

El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellán suyo se informase del retor de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole.

Quiso hacerla el capellán, y poniéndole con el loco habló con él una hora y más, y en tolo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentamente, que el capellán fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo, y entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el retor le tenía ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacían, porque dijese que aún estaba loco y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre.

Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el cape-

llán se determinó á llevarsele consigo á que el Arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado: volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco.

No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle: obedeció el retor, viendo ser orden del Arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos.

El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo:

—Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio, ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible, tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primer estado, también le volverá á él si en él confía: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros

llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.

Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió:

—Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.

—Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quieto en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta.

—Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.

—¿Vos bueno? dijo el loco; ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Jupiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén.

—No sabes tú licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con solo una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres años enteros, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.

A las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo:

—No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Jupiter y no quisiero llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellán:

—Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojarse al señor Jupiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuestra merced.

Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán, desnudaron al licenciado, quedose en casa y acabóse el cuento.

—Pues este es el cuento, señor barbero, dijo Don Quijote, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? Ah! señor rapista, señor rapista, y cuan ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas?

Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en



si el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes.

Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los pies á la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le sucedan cosas dignas de estar escritas, no en pergamino sino en bronce; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teorica de la práctica de las armas, que sólo vinieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros.

Si no, díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿quién más discreto que Palmarín de Inglaterra? ¿quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿quién más acuchillado ni acuchillador que Don Belianis? ¿quién más intrépido que Perión de Gaula, ó quién más acometedor de peligros que Félixmarie de Hircania, quien más sincero que Esplandián, quien más arrojado que Don Cirongilio de Tracia, quien más bravo que Rodamonte, quien más prudente que el rey Sobrino, quien más atrevido que Reinaldo, quien más invencible que Roldán, y quien más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, según Turpin en su cosmografía?

Todos esos caballeros y otros muchos que pudiera decir, señor

cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, Su Magestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della; y si Jupiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto porque sepa el señor hacía que le entiendo.

—En verdad, señor Don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intención, y que no debe vuesa merced sentirse.

—Si puedo sentirme ó no, respondió Don Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el Cura:

—Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor Don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más, respondió Don Quijote, tiene licencia el señor Cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa.

—Pues con este benéfico, respondió el Cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera á que toda la caterva de caballeros andantes que vuesa merced, señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por los hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos.

—Este es otro error, respondió Don Quijote, en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar la luz de la verdad deste casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos ví á Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanca y rigurosa, corto de razones, tardó en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado á Amadís pudiera á mí parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas.

—¿Qué tan grande le parece á vuesa merced, mi señor Don Quijote, preguntó el barbero, debía de ser el gigante Morgante?

En esto de gigantes, respondió Don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteo de Goliath, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza.

También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la geometría saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormía debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

Así es, dijo el cura, el cual gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalván y de Don Roldán, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos, respondió Don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida.

De Roldán, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

—Si no fué Roldán más gentilhomme que vuestra merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdefeñase, y dejase por la gala, brio y donaire que debía tener el morillo barbilante á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Meodoro, que la aspereza de Roldán.

Esa Angélica, respondió Don Quijote, señor Cura, fué una doncella distraída, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Desprecó mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajeillo barbilante, sin otra hacienda ni nombre que el que le dio dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo.

El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora sucedió después de su ruín entrego que no debieron ser cosas demasadamente honestas, la dejó donde dijo: